

Introducción

Mientras acampaba en la vigilia de la Jornada Mundial de la Juventud en Cracovia, hablé con una joven que se preparaba para entrar en su primer año de estudios en una prestigiosa universidad de California. Sacó su teléfono de la mochila y me mostró el lugar de la solicitud en que se le exigía marcar la casilla correspondiente para indicar el sexo. Había dieciocho campos para elegir.

Leí la ristra de géneros y observé que faltaban dos: varón y mujer. ¡Al menos Facebook, que invita a sus usuarios a identificarse en su web con uno de los más de cincuenta géneros disponibles, ofrece la posibilidad de elegir ser hombre o mujer! Con todo, hay que decir que la aplicación de la universidad incluía entre sus opciones la de «cis-masculino» o «cis-femenina», que quiere decir que el sexo biológico que se «asignó» al nacer coincide con el género que uno elige para su identidad.

Aunque algunos pretenden ampliar el número de géneros y crear una amplia gama de opciones, el objetivo

último de la teoría de género no es fomentar la diversidad. Al fin y al cabo, esta requiere diferencias objetivas. El objetivo es borrar la diferencia sexual y, por tanto, eliminar el significado del cuerpo.

¿Cuál es el origen de todo esto? El Concilio Vaticano II profetizó la crisis de identidad sexual de nuestra cultura al afirmar: «Por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida»¹. Aunque la Teología del Cuerpo se escribió antes de que se popularizaran muchas de las modernas ideas de la teoría de género, se adelantó a su tiempo al ofrecer una respuesta clara para ellas (y para otras muchas cuestiones clave sobre la sexualidad y el cuerpo).

¿Qué es la Teología del Cuerpo?

La Teología del Cuerpo es el título popular que se ha dado a 135 reflexiones escritas por San Juan Pablo II. Siendo cardenal en Polonia, planeaba publicarlas como un libro titulado *Varón y mujer los creó*². Pero antes de iniciar el proyecto fue elegido Papa, así que, en lugar de eso, decidió pronunciar el contenido de las reflexiones en 129 Audiencias Generales –las de los miércoles–, durante los cinco primeros años de su pontificado.

Los miles de veraneantes y peregrinos que se reunían para ver al Santo Padre en estas audiencias no podían imaginar que el biógrafo del Papa describiría más tarde

la Teología del Cuerpo como una «bomba de relojería teológica destinada a estallar, con dramáticas consecuencias, en algún momento del tercer milenio de la Iglesia»³.

¿Qué puede haber de explosivo en las reflexiones teológicas de un obispo polaco sobre el cuerpo? Para responder a esta pregunta, debemos dar un breve repaso a cómo se ha visto el cuerpo humano a lo largo de la historia. Hace miles de años, los gnósticos y los platónicos creían que el verdadero ser de una persona era diferente de su cuerpo. Una secta gnóstica, los maniqueos, estaba convencida de que el destino del hombre consistía en liberar su esencia espiritual de la contaminación de la materia. Como resulta que el cuerpo es material, no sólo era inferior, sino además malo. Consecuentemente, se consideraba pecado que una mujer diera a luz, porque estaba trayendo más materia a la existencia. Siglos después, el puritanismo veía el cuerpo como una amenaza para el alma. Por su parte, el filósofo René Descartes propuso que el alma es como un fantasma atrapado en una máquina.

Todas estas opiniones sobre el cuerpo tienen un elemento de verdad en común: nuestros cuerpos y almas no están en armonía. Sin embargo, el cuerpo no carece de importancia en comparación con el alma. Tampoco es el cuerpo algo que «tengamos», o algo que estorba a nuestra alma. Somos nuestros cuerpos, y nuestros cuerpos nos revelan. Sin embargo, nuestro estado actual no refleja la

idea con que Dios nos creó al principio. La discordia que observamos en el interior del hombre es resultado del pecado original⁴.

Mientras que algunos minusvaloraban el cuerpo y se preocupaban sólo del alma, otros caían en el error contrario. Los ateos y los filósofos materialistas sostenían que la persona humana es simplemente su cuerpo: no hay alma y el cuerpo no tiene ningún significado.

Aunque estas ideas puedan parecer debates reservados a filósofos y teólogos, pensemos en lo que ocurre cuando culturas enteras aceptan esas nociones erróneas de lo que significa ser humano. Si el hombre tiene un cuerpo pero no una dimensión espiritual, ¿qué lo distingue de otros animales? ¿Qué justificación hay para que actúe de forma diferente o deba ser tratado de forma diferente? Por otra parte, si la verdadera identidad de una persona se encuentra únicamente en su espíritu, entonces la visión que el hombre tiene de sí mismo queda desarraigada de cualquier realidad objetiva material, constatable por los sentidos. La verdad se definiría entonces por los sentimientos de la persona. En consecuencia, la masculinidad y la feminidad se verían como constructos sociales, no como realidades creadas por Dios. Pero si la masculinidad y la feminidad no existen, ¿qué pasa con el matrimonio y la familia?

Dada la enorme confusión existente en cuanto al significado del cuerpo humano, Juan Pablo II se propuso presentar una visión total del hombre que incluyera su

origen, su historia y su destino. En lugar de argumentar desde fuera hacia dentro, ofreciendo una lista interminable de reglas, nos invita a buscar la verdad sobre la realidad reflexionando sobre nuestra propia experiencia humana. Los escritos de San Juan de la Cruz desempeñaron un papel fundamental en la configuración del estilo de pensamiento de Juan Pablo II. Posteriormente, sus estudios filosóficos sobre Max Scheler y otros fenomenólogos incrementaron todavía más su capacidad para observar la experiencia humana. Juan Pablo II no empieza explicando lo que el hombre debe hacer, sino quién es el hombre. Para el Papa, las personas sabrán cómo vivir si saben quiénes son.

Se ha dicho que las reglas sin una relación personal suscitan una actitud de rebelión. Sin duda es así en la relación entre padres e hijos, pero esto resulta especialmente cierto para la relación entre Dios y la humanidad. Juan Pablo II sabía que las leyes no cambian los corazones. Cuando las personas ven la moral como una lista rígida de normas impuestas, puede que se comporten bien temporalmente, por culpa o por miedo, pero no es infrecuente que acaben abandonando la fe. El Papa comprendió la inutilidad de ese enfoque, sabía que era necesario renovar la forma de presentar las enseñanzas de la Iglesia en materia de ética sexual.

Lo que el mundo moderno pedía a gritos no era sólo una defensa de las enseñanzas de la Iglesia, sino una re-

velación del plan original de Dios sobre la belleza del amor humano. La cultura necesitaba algo que no fuera sólo intelectualmente convincente o moralmente correcto, sino que, además, colmara los anhelos más profundos del corazón humano.

Por desgracia, muchos se han vuelto sordos a tales anhelos y sólo escuchan los impulsos del cuerpo. Sin embargo, por muy insensible que sea el hombre a las aspiraciones más profundas del alma, cualquiera puede identificarse con el dolor de la soledad, la experiencia de la vergüenza o el deseo de comunión. En la Teología del Cuerpo, Juan Pablo II exploró estas experiencias y otras muchas más, para revelar cómo el plan de Dios para la humanidad está impreso no sólo en nuestros corazones, sino también en nuestros cuerpos.

Cuando un cristiano de a pie descubre la Teología del Cuerpo suele exclamar que nunca antes había escuchado nada parecido. La razón es que muchos han aprendido lo referente a la sexualidad en un marco religioso que se centraba sólo en lo que está prohibido y lo que está permitido. Otros lo aprendieron a través de la lente de la educación sexual moderna, que reduce la sexualidad a biología y sensualidad. Tal planteamiento puede contar como «información sexual», pero no es una verdadera educación en la sexualidad humana⁵.

Hablando con propiedad, el «sexo» no es algo que uno tenga, sino algo que uno *es*. El sexo determina nues-

tro «quién» en cuanto personas masculinas y femeninas. La Teología del Cuerpo nos recuerda este significado más amplio y ofrece respuestas convincentes a preguntas como: ¿Quién soy yo? ¿Qué significa ser humano? ¿Cómo debo vivir? Se adentra en cuestiones delicadas sobre el matrimonio y la ética sexual, pero lo hace invitando a redescubrir el sentido de la vida. A través de ella, uno se da cuenta de que la confusión sexual del hombre moderno no se debe a que el mundo glorifique la sexualidad, sino a que el mundo no ve la gloria a esta asociada.

Si alguien ha dejado de lado la enseñanza de la Iglesia sobre sexualidad humana porque piensa que ha perdido contacto con el mundo moderno, la Teología del Cuerpo le ofrecerá una perspectiva fresca. Sus ideas no son reflexiones piadosas de un teólogo alejado de las luchas diarias de la vida matrimonial. Por el contrario, son el resultado de décadas de interacciones personales entre un santo notable y los innumerables jóvenes y matrimonios a los que acompañó en sus vocaciones. Estas parejas dan fe de que, aunque Juan Pablo II tenía una gran capacidad para predicar, destacaba aún más por su capacidad para escuchar.

La Teología del Cuerpo sale del corazón de un santo que escuchaba atentamente no sólo a los demás, sino también al Dios que podía dar sentido a sus vidas. No fue ajeno al sufrimiento, pues vivió bajo los regímenes nazi y comunista y, a la edad de veinte años, había perdi-

do ya lo que le quedaba de familia. Aunque esas pruebas podrían llevar a algunos a abandonar la fe, la de Juan Pablo II se fue forjando precisamente en ellas, en la búsqueda de respuestas a las preguntas más profundas sobre el sentido de la vida.

Juan Pablo II también poseía un intelecto asombroso; por ejemplo, según su secretario, dedicaba tres horas al día a la lectura⁶. Sin embargo, pese a su intensa vida intelectual, ponía siempre en primer lugar su vida de oración. Sus colegas atestiguan que parecía estar continuamente absorto en oración, lo que queda corroborado por su afirmación de que el ajetreado metro de París era «un magnífico lugar para la contemplación»⁷.

Con todo, su mayor devoción era el Santísimo Sacramento. Nunca omitió su Hora Santa de los jueves, incluso cuando viajaba al extranjero. Si los organizadores de sus viajes no le habían hecho hueco en la agenda, él mismo se lo hacía y, simplemente, llegaba una hora tarde al acto que fuera. Cuando sus asistentes intentaban convencerle de que disminuyera el tiempo dedicado a esta devoción, él se negaba, diciendo: «No, me sostiene»⁸. Sabía que la misión apostólica extrae su fuerza de la vida en Dios⁹. Gracias al corazón, a la mente y al alma de este hombre, la Iglesia ha recibido un regalo estupendo: la Teología del Cuerpo.

Estructura

La Teología del Cuerpo consta de dos partes. La primera se centra en tres pasajes de la Escritura o «palabras» de Cristo. En ella, Juan Pablo II examina el diálogo entre Jesús y los fariseos sobre el matrimonio y el divorcio¹⁰. Luego reflexiona sobre las palabras de Cristo del Sermón de la Montaña, en particular las que se refieren a cometer adulterio en el corazón¹¹. Por último, se refiere a las palabras de Cristo sobre la resurrección del cuerpo¹². Mediante estas reflexiones, explica la redención del cuerpo. De hecho, en su catequesis final describe el contenido de toda la obra como «la redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio»¹³.

La Teología del Cuerpo es enteramente bíblica, como lo evidencia la profusión de citas de las Escrituras (más de mil), extraídas de cuarenta y seis libros del Antiguo y el Nuevo Testamento. Sin embargo, entre todos los pasajes que cita, centra su atención en los tres mencionados anteriormente. Los compara con los paneles de un tríptico, una obra de arte religioso que consta de tres secciones. Cuando las tres imágenes se muestran juntas, presentan un panorama completo de un determinado tema teológico (en el caso que nos ocupa, la persona humana), de tal manera que se puede comprender mejor.

Las tres partes del tríptico de Juan Pablo II son: el hombre original, el histórico y el escatológico. El hombre

original es el que Dios creó al principio, antes de la aparición del pecado. El hombre histórico se refiere al estado actual de la humanidad, cargada por el pecado original, pero redimida por Cristo. «Escatológico» deriva de *eschaton*, la palabra griega para «fin», y se refiere al estado glorificado del hombre en el cielo. En conjunto, estas tres épocas de la historia humana conforman lo que Juan Pablo II denominó una «antropología adecuada», una interpretación de lo que significa ser persona humana.

En la primera parte de la Teología del Cuerpo, Juan Pablo II utilizó estas tres «palabras» de Cristo para explicar la llamada del hombre a vivir «el significado esponsal* del cuerpo». Esta frase es el corazón de la Teología del Cuerpo. Significa que el cuerpo humano tiene «*el poder de expresar el amor: precisamente ese amor en el que la persona humana se convierte en un don* y –a través de este don– realiza el sentido mismo de su ser y de su existencia»¹⁴. Este don de sí mismo puede expresarse no sólo en el matrimonio, sino también en el celibato por el reino de Dios.

* Aunque este vocablo ha sido traducido como «esponsalicio», y así es como aparece en la versión española de las audiencias de la página web del Vaticano, he preferido traducirlo por «esponsal», que suena mejor en castellano, aparte de que se parece más al italiano *sponsale* (el término utilizado por el Papa) y al inglés *spousal*. Es palabra que existe en español (según consulta del corpus diacrónico del español, <<http://www.rae.es>>, el 14-X-2022), y tiene la misma frecuencia de utilización que «esponsalicio». Agradezco a Blanca Castilla de Cortázar sus apreciaciones a este respecto (N. del T.).

En la segunda parte de la Teología del Cuerpo, el Papa analizó «El Sacramento», que es el «gran signo» del amor de Cristo por la Iglesia y del amor entre los esposos. Explicó lo que significa el don de sí mismo en términos del «lenguaje del cuerpo», y cómo los hombres y mujeres están llamados a vivirlo, especialmente en lo que se refiere a la buena fundamentación de sus familias.

* * *

Los que han leído las más de 500 páginas de la Teología del Cuerpo pueden dar fe de que no son una lectura fácil. En inglés, sólo la introducción del libro, de 128 páginas, podría tener a su vez su propia introducción¹⁵. Debido a la densidad de la filosofía y teología que propone, en las décadas siguientes a su publicación sólo interesó a los eruditos. Afortunadamente, ha comenzado a extenderse dentro de la Iglesia una corriente de entusiasmo sobre las riquezas que encierra. Investigadores y evangelizadores laicos están explorando sus profundidades y exponiendo sus joyas a los fieles. Se han escrito muchos libros excelentes con este fin y, seguramente, vendrán muchos más. El propósito de esta breve introducción no es sustituirlos, sino excitar la curiosidad del lector no sólo para leerlos, sino para aceptar la invitación de Juan Pablo II:

Quien busca la realización de su propia vocación humana y cristiana en el matrimonio está llamado, en

primer lugar, a hacer de esta «teología del cuerpo» [...] el contenido de su vida y de su conducta. En efecto, en el camino de esta vocación, ¡qué indispensable es una conciencia profunda del significado del cuerpo en su masculinidad y feminidad!¹⁶

Condensar cinco años de audiencias papales en un resumen de sesenta minutos es, cuando menos, ambicioso. Aunque los siguientes seis capítulos de este libro sean lo suficientemente breves como para leerlos en una hora, no hay que apresurarse. Las ideas de Juan Pablo II son profundas y hermosas, te cambian la vida, pero a veces son difíciles de entender. Están pensadas para saborearlas, meditarlas e integrarlas en nuestras vidas. Una buena copa de vino puede consumirse en segundos, pero su riqueza sólo puede apreciarla quien saborea cada gota. Lo mismo puede decirse de la sabiduría del Papa. San Francisco de Sales enseñó que «la precipitación es la muerte de la devoción»¹⁷ y la Teología del Cuerpo merece un estudio devoto. A lo largo de este texto, encontrarás cientos de notas finales que te conducirán a las fuentes originales del pensamiento del Papa, en caso de que desees profundizar en sus enseñanzas. Tómate el tiempo que necesites para absorber los frutos de la contemplación de este hombre excepcional. Fue un filósofo de talla mundial, un teólogo de gran talento y, lo que es más importante, un tremendo santo.